

EDUCACIÓN Y SOCIEDAD

Por Luis Buceta Facorro¹

Quiero presentar, con el carácter coloquial e informal de estas reuniones, algunos puntos de reflexión sobre aspectos de la sociedad y la educación en el mundo de hoy.

Prólogo sobre la sociedad actual

Inicialmente señalo que la sociedad actual no es peor que las anteriores. En contra de esa especie de pesimismo, de que vamos hacia la catástrofe y una sociedad sin valores, señalo y afirmo que esta sociedad es bastante mejor que las anteriores. Es una sociedad donde se han alcanzado niveles de satisfacción de necesidades y deseos impensables al comienzo de este siglo. Algunos afirman que son niveles materiales, pero no es así porque esas satisfacciones también traen autoestima y posibilidades de desarrollo personal. De todas formas, aunque prevalecen los aspectos materiales, no debe olvidarse que no se pueden predicar espiritualidades a los que se están muriendo de hambre, a los pobres y a los oprimidos.

El mundo occidental ha dado pasos sorprendentes al conseguir, para una gran mayoría, un alto nivel de vida, respecto a la dignidad y derechos de la persona, una libertad y posibilidades de desarrollo personal que no se habían alcanzado en ningún momento de la historia. Dicho sea entre paréntesis que los derechos del ser humano son inherentes a su propia dignidad y no porque los conceda una Constitución, como hoy, confusamente tantos creen y proclaman.

Como contrapartida a este desarrollo, es preciso señalar, que así como en épocas anteriores ha prevalecido el egoísmo de unas personas o de unas clases o grupos, en este momento de mundialización, la sociedad occidental, la sociedad del bienestar se está haciendo egoísta. Cada vez queremos más, cada vez exigimos más y hemos pasado de la satisfacción de necesidades a la amplia satisfacción de deseos o nuevas apetencias, que, en la mayor parte, son puros caprichos y despilfarro, mientras el resto del mundo se encuentra en una situación deteriorada y con carencias elementales que ponen diariamente en peligro la vida de millones de personas. Se calcula que unos dos mil millones viven en el límite de la satisfacción de necesidades de supervivencia y que aproximadamente un millón diario muere de hambre, lo que supone la escalofriante cifra de más de trescientos millones al año.

Sin continuar con cifras que nos llevarían al bochorno, aunque lo normal es la indiferencia o el simple lamento, lo que señalo es que lo que llamamos mundo o países desarrollados, que es Occidente, puesto que Iberoamérica está en un proceso lento y

¹ **LUIS BUCETA FACORRO**, es catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y de la Pontificia de Salamanca

doloroso de desarrollo, hace gala de un egoísmo creciente frente a las necesidades de miles de millones. Permittedme otro paréntesis, para señalar que Occidente está constituido esencialmente por Europa y América, precisamente donde realmente está el pozo y la vivencia cristiana. El resto del mundo, con la excepción de Australia, Nueva Zelanda y Singapur, es otra cosa, son otras culturas y planteamientos, aunque estén influidos y traspasados por la civilización occidental. No lo hago por señalar diferencia que nos enfrentan, sino porque para un entendimiento mundial, hay que tenerlas en cuenta.

Volviendo al tema de estas reflexiones, soy optimista y pienso que en todas las dificultades, el mundo marcha hacia delante y que, por lo tanto, no hay que ser pesimistas, pesimismo que proviene, en gran parte, de creer que todo y sólo lo nuestro es lo bueno y querer imponer a los demás lo que algunos pensamos. Me atrevería a decir que esta actitud no es cristiana y, por descontado, el pesimismo no puede formar parte de una actitud cristiana ante la vida.

El cambio de valores en la sociedad

Después de este prólogo que es una llamada a la esperanza, la ilusión y el optimismo, comprendo las preocupaciones de algunos padres que se plantean, con cierta angustia, el futuro de sus hijos o de sus nietos. Pero la respuesta es terminante: vivirán mejor y con mejores y mayores posibilidades que nosotros. Sólo tenemos que vernos a nosotros mismos, que estamos viviendo mejor que nuestros padres y abuelos. Personalmente, las carencias que tuve en mi adolescencia y juventud, no las han tenido mis hijos. Estoy convencido que mis nietos van a tener menos carencias y más posibilidades.

Nuestra sociedad, hoy, es distinta de las anteriores. Así de simple, han desaparecido principios o se interpretan de otra manera y el resultado es una sociedad diferente, que difícilmente se puede catalogar desde mejor o peor, pues tiene aspectos positivos y otros negativos, como siempre ha ocurrido. Nuestra sociedad es diferente y la del futuro va a ser, también, distinta, porque las personas y la sociedad cambian constantemente. Si miráis ochenta o cincuenta años atrás veréis los cambios que han existido en todos los órdenes y, si veis lo que está ocurriendo a vuestro alrededor, podemos imaginarnos, aunque muy someramente, los cambios del futuro.

Es verdad que estamos viviendo un cambio muy rápido y profundo en los valores y criterios prevalentes en nuestra sociedad y que servían de marcos de referencia para los comportamientos individuales y colectivos. Criterios morales y valores que se consideraban fuertemente arraigados y válidos, han sido desplazados por la dialéctica de la mayoría, la fuerza de los votos, el consenso social real o tácito, las encuestas sociológicas y el positivismo jurídico.

Características de la sociedad de hoy

Podemos señalar como características destacadas de nuestra sociedad española, que pueden aplicarse, en líneas generales, a la sociedad europea, las siguientes:

1. Una fuerte corriente hedonista que conduce a vivir el momento sin aplazar las gratificaciones a nuestro alcance o que el progreso ofrece a nuestro alcance y presenta

como deseables, lo que no nos predispone hacia el ahorro y crea el impaciente derecho a lograr estas gratificaciones de forma inmediata. Esta impaciencia y exigencia se expresa con la frase generalizada de cualquier cosa «ya». Por ejemplo, lo de ayuda al tercer mundo: «el 0'7 ya». Como decía un chiste de Mingote, en el que el personaje, en el mes de enero clamaba: «la primavera, ya». Pues no, por mucho que nos empeñemos y digamos «ya», la primavera es imposible que sea en el mes de enero. No se está dispuesto a seguir unos pasos, ni cubrir unas etapas, sino que se quiere disfrutar y disponer de todo en el momento presente. Esta es una de las fuentes de frustración de las personas jóvenes.

Es lo que Ortega preconizó y llamó la época del «señorito satisfecho» que da lugar a un hombre-masa cuya estructura psicológica es la siguiente: «Primero, una impresión nativa y radical de que la vida es fácil, sobrada, sin limitaciones trágicas, por lo tanto, cada individuo medio se encuentra en sí una sensación de dominio y triunfo que, segundo, le invita a afirmarse a sí mismo tal cual es, da por bueno y completo su haber moral e intelectual. Este conocimiento consigo le lleva a cerrarse para toda instancia exterior, a no escuchar, a no poner en tela de juicio sus opiniones y a no contar con los demás. Su sensación íntima de dominio le incita constantemente a ejercer predominio. Actuará, pues, como si sólo él y sus congéneres existieran en el mundo; por lo tanto, tercero, intervendrá en todo imponiendo su vulgar opinión sin miramientos, contemplaciones, trámites ni reservas, es decir, según un régimen de acción directa» (Ortega y Gasset, 1976; p. 130-131). Este es el niño mimado de la historia humana, que se halla al nacer instalado, de pronto y sin saber cómo, en medio de sus riquezas y sus prerrogativas. Es lo que Adler llamó «estilo de vida regalado» que lleva a una patología de los valores producida por la gratificación.

Una creciente opulencia da lugar a que muchos, en lugar de agradecer lo que tienen, presentan una tendencia a despreciarlo y a efectuar, como dice Maslow, demandas cada vez menos razonables. A mis alumnos se lo digo muchas veces, cuando les explico el problema de las necesidades: vosotros partís de aquí porque otras generaciones hemos estado trabajando para que vosotros podáis partir de aquí. No es que caiga como un maná, no; es el esfuerzo de las generaciones anteriores. No sé si lo entienden, algunos sí, pero hay que decir las cosas y transmitir criterios, aunque corras el peligro de no ser entendido.

2. Prevalece la consideración del dinero como un valor central, individual y socialmente. Pero con una matización: se quiere el dinero para el ocio; se trabaja no por el trabajo y por acumular dinero, sino para tener más medios para poder disfrutar precisamente de esas posibilidades que la vida ofrece. Por eso surge lo que se llama la tendencia al ocio o la cultura del ocio (ya que ahora a todo se llama cultura). El trabajo es un instrumento para el ocio, es un instrumento para tener tiempo libre y para poder disfrutar de ese tiempo. Es verdad que, negativamente, lleva a querer ganar pronto y fácilmente y entonces se valora socialmente al vivo que es capaz de hacer dinero rápidamente, o el pelotazo, o todos estos términos que conocemos.

3. Fuerte demanda de libertad personal, que si, por una parte conduce a un deseo de autorrealización y desarrollo personal, por otro lado se manifiesta, en la construcción de ese propio estilo personal, en conductas con criterios de flexibilidad y de adaptación del yo de cada uno, mediante el rechazo de códigos, normas y lealtades y el olvido o la

utilización del prójimo en el logro de sus propios fines personales. Se puede afirmar que el individualismo y el egoísmo son características prevalentes. Este individualismo se manifiesta de muchas maneras.

4. No hay valores terminales ni determinantes. Eso es verdad. Hay ciertos valores que se manifiestan claramente; por ejemplo, la tolerancia. La tolerancia es un valor positivo, efectivamente; pero lo es cuando poseemos nuestros propios valores. La tolerancia implica comprender la posición de los demás y aceptarla; pero no aceptarla como propia, que es una de las grandes equivocaciones que se han cometido en el mundo de hoy. Puedo ser tolerante con el mahometano, con el judío, con el hindú, que quiere decir que respeto sus ideas y sus creencias. Pero eso no quiere decir que yo tenga que aceptar sus ideas y sus creencias. La tolerancia, por consiguiente, es un valor importantísimo y, en el mundo de hoy que buscamos la paz, la concordia, siempre que el entendimiento y el acercamiento entre las personas y los pueblos es fundamental, pero siempre que tengas tus propias creencias. El tener una mente abierta, que quiere decir que estoy dispuesto a oírlo todo y a escucharlo todo y a juzgarlo y a analizarlo, e incluso a tolerarlo, no representa que tenga mi mente vacía. Tengo mi mente llena de convicciones y puedo tener convicciones firmes y sin embargo ser tolerante, que es otra cosa, por lo menos desde el punto de vista que planteamos aquí. Si no hay convicciones y valores propios, la simple tolerancia se convierte en permisividad y termina en indiferencia. Todo vale, todo es negociable y lo que es bueno o malo depende de las circunstancias de cada momento. Hay un relativismo en el entendimiento de la vida al que necesariamente acompaña una ausencia de compromisos sociales y una tolerancia normativa para con los demás (Conferencia Episcopal Española, 1990).

5. Preocupación por el cuidado del cuerpo, la salud y la forma física, que representa una expresión de la preocupación por uno mismo. Representa la situación central del propio yo, del individuo, que busca su bienestar individual y la consecución de sus objetivos personales.

6. Renacimiento de particularismos y localismos, de búsqueda de raíces e identidades que consiguientemente, al destacar las diferencias, se traduce en poner límites y crear reductos. Estamos perdiendo el sentido integrador y universalista para meternos en nuestros mismos colectivos, que es la expresión de un individualismo y egoísmo social, que lo que hace es separar, reduciéndose cada vez más a grupos más pequeños que buscan sus intereses, sin tratar de armonizarlos con los propios de otros grupos sociales.

Es curioso y digno de más atención, que cuando se tiende hacia unidades más amplias y superiores, surjan particularismos locales de índole desintegrador. Se están equivocando, conscientemente unos y la mayoría de forma inconsciente, en la búsqueda de la identidad, que hay que buscarla por lo que nos une y no por lo que nos diferencia. Sin embargo, hoy se buscan diferencias, o según lo políticamente correcto, hechos diferenciales. Pero no buscan las diferencias para decir nosotros tenemos estas características que este grupo no tiene. Se buscan las diferencias para enfrentarlas a otros grupos o al grupo integrador. En nuestra realidad, desgraciadamente, no es que se busque la identidad del andaluz, el gallego, el catalán o el extremeño, sino que se trata de enfrentarlas con España, o español, unidad integradora en la que se ha realizado historia común durante siglos. Las observaciones en este campo merecen capítulo aparte

y debería ser objeto de alguno de estos encuentros, porque se reflejan, con la indiferencia de nuestros responsables políticos nacionales, en los libros de texto que estudian nuestros escolares.

7. Creciente sensibilidad en el mantenimiento de la naturaleza. La cuestión ecológica significa, frente al individualismo creciente, una conciencia colectiva, porque implica que nosotros hemos de dejar a nuestros herederos la naturaleza para que la disfruten. No es que la generación presente la explote y que luego los que vengan detrás no tengan la posibilidad de disfrutarla. Por lo tanto, es una conciencia colectiva. Vemos esas contradicciones en las que por un lado hay un individualismo creciente, mientras, por otro hay una especie, no sé si consciente o no, de responsabilidad colectiva para mantener y poder transmitir a las siguientes generaciones una naturaleza viva, no contaminada.

8. Existe un proceso creciente y acelerado de secularización, con una baja en las creencias y prácticas religiosas, especialmente en los jóvenes que, prácticamente, viven alejados e indiferentes a los planteamientos religiosos.

9. Por último, quiero señalar una característica que pasa muy inadvertida: la entrada en la vida social, con un ímpetu verdaderamente arrollador, de las mujeres. Este es un fenómeno que no sé si la gente lo percibe en su verdadera dimensión. Hice un estudio con mis alumnos y la cuestión está muy clara: en primer lugar, en este momento, en las aulas universitarias la proporción es de setenta a treinta o de ochenta a veinte a favor de las mujeres, salvo en las carreras técnicas que están en el cuarenta y el cincuenta más o menos, pues estamos hablando de tendencias. Esta es la situación cuantitativa. La situación cualitativa es que cuando tengo que dar cuatro matrículas de honor, se las llevan las mujeres, o tres las mujeres y una un hombre. Y si doy veinticinco sobresalientes, diecinueve o veinte son para mujeres y cuatro o cinco para hombres. La mujer entra con un afán arrollador, con una motivación verdaderamente espeluznante, de tal manera que mi humilde diagnóstico es que los hombres están desmotivados. No sé si es por eso o porque están asustados. Encuentro a los hombres que se sientan igual que se sentaban las alumnas cuando yo empecé la carrera. ¿Qué significa esto? Significa, y aquí sí que hago una prospección, que en diez o quince años entre el setenta y el ochenta por ciento de los puestos de responsabilidad a través de oposiciones y de profesionales liberales, estará en manos de mujeres. Jueces, médicos, notarios, diplomáticos, militares, fuerzas del orden público, alcaldes, concejales, etc. Porque la mujer está asaltando los puestos sociales. No lo digo negativamente. Y como además tiene más constancia, estudia más, está mejor preparada, lógicamente hay una selección que está muy clara. La mujer es capaz de encerrarse un año o varios a preparar unas oposiciones sin que le produzca ningún tipo de trauma; el hombre lo pasa muchísimo peor.

Respecto a la educación

Después de señalar los aspectos más destacados de cambio en nuestra sociedad, dentro del contenido solicitado, haré algunas consideraciones sobre la educación en el sentido amplio. Estamos muy acostumbrados, al hablar de educación, a considerar que es el sistema educativo, la escuela. Efectivamente, lo es en sentido restringido, como uno más de los grupos en el que se lleva a cabo la formación de los sujetos. Pero la educación, en

sentido amplio, constituye un proceso en el cual entran distintos grupos dentro de los cuales se lleva a cabo la socialización, en aras de la incorporación a la vida social de las personas.

Tradicionalmente, los agentes más influyentes, y por ende, más significativos en el proceso educativo eran, más o menos, por este orden de importancia: la iglesia, la familia, la escuela, los amigos o la calle. Pues bien, se ha sufrido un profundo cambio y, a mi modo de ver, ese orden se ha trastocado radicalmente, siendo primero los medios de comunicación, segundo la calle, amigos o grupos de iguales, tercero la familia, cuarto la escuela y, por último la iglesia. Se ha invertido totalmente el orden en la dinámica socializadora. Deseo destacar una característica para mí de gran alcance, cual es que la iglesia, que era la institución que, con sus normas morales, llegaba y afectaba a todos los grupos sociales, ha sido sustituida por los medios de comunicación, especialmente televisión e internet, que afectan a todos los otros grupos con sus modelos de vida transmitidos. Por eso y porque observo una preocupación por los medios de comunicación y sus efectos, deseo hacer unas reflexiones sobre los mismos.

Influencia de los medios de comunicación

Los medios de comunicación, como influencia, no negativa necesariamente, sí que es un fenómeno propio de nuestro tiempo. Hace cincuenta años desconocíamos la televisión; nosotros lo más que oíamos era la radio. La Segunda Guerra mundial se hace con la radio; ninguno de los dos bandos utilizó la televisión. Los medios de comunicación son un fenómeno tan arrollador que se mete en nuestras casas e invade de información, y por lo tanto de estímulos, a los sujetos que la contemplan. Siempre hay tendencia a ver los aspectos negativos de todo lo nuevo. Cuando salió el cine hubo críticas de todo: iba a acabar con la moralidad de las personas, iba a acabar con la sociedad cristiana, era un desastre. Siempre hemos tenido la manía de la catástrofe. Pero no es así, aunque es comprensible la preocupación por los efectos negativos puesto que estos son los que pueden crear problemas y dar lugar a conductas asociales.

En esta preocupación por los aspectos negativos de los medios de comunicación, y especialmente la televisión, ha habido dos fases de juicio: la primera es aquélla en que se cree que realmente la influencia es relativa, es decir, no depende del contenido del mensaje sino que depende del sujeto que percibe. Es el sujeto que percibe el responsable, aunque el medio puede favorecer ciertas tendencias que existen previamente en el sujeto receptor.

Hay que partir del principio según el cual todo medio de comunicación influye, simplemente, porque sus mensajes son estímulos que recibe el receptor. Todo estímulo influye con más o menos intensidad. Toda información percibida es estímulo y por ello la comunicación, aunque sea una simple conversación, influye siempre. Cuánto y con qué efectos, está por determinar. Aquí es donde entra el sujeto con sus características personales, dentro de la situación concreta en que se encuentra. Pero los medios de comunicación no son los únicos que influyen.

En un Simposio de la UNESCO, celebrado en 1970, sobre el impacto de la violencia en los mass media, se concluye que es cierto que la representación de la violencia en los medios de comunicación favorece la violencia en la vida real. Pero, al

mismo tiempo, se dice que esta violencia es, a menudo, la manifestación de ansiedades más vastas que los medios de información pueden provocar o agravar. Sería falso, por consiguiente, considerar los medios de comunicación como el origen de los comportamientos violentos, que resultan más verosímilmente de la frustración engendrada por factores tales como la desigualdad, la injusticia social, la superpoblación, la urbanización, etc. Sin embargo, los medios de información pueden desarrollar esos sentimientos de frustración, estimulando aspiraciones y esperanzas imposibles de satisfacer. Los medios de información pueden contribuir a suscitar la violencia, pero hay otras influencias, como las de la familia, la escuela, las iglesias... Los medios de información no son las únicas instituciones de la sociedad.

No hay, pues, que achacar a los medios de comunicación, especialmente, hoy, a la televisión y mañana a internet, los efectos negativos en las personas, pues esta forma de actuar, constituye un mecanismo de defensa de proyección, mediante el cual buscamos un culpable y así nos justificamos y nos descargamos de nuestra responsabilidad personal y colectiva.

Influencia de la televisión

Esta primera fase de optimismo es sustituida, en la década de los ochenta por otra de alarma y preocupación intensa. Inicialmente, hay un informe de los psicólogos italianos en el que dicen a su gobierno que los contenidos de la televisión pueden estar perturbando el desarrollo de la personalidad de los niños y jóvenes. Al principio de los noventa, los psicólogos, psiquiatras y pediatras británicos recogen velas y admiten que hay relación entre los videos y la violencia, y confiesan su error al analizar y enfocar la influencia de los medios de comunicación, en general, y de la televisión, en particular, sobre la infancia y la juventud, aceptando que la violencia infantil y juvenil permean nuestras sociedades. Así, la profesora Newsan, directora del Departamento de Psicología infantil de la Universidad de Nottingham, señala que «muchos de nosotros sosteníamos los ideales progresistas sobre la libertad de expresión y, ahora, nos damos cuenta que, al hacerlo, fuimos ingenuos y fracasamos al no predecir lo abundante de tan dañino material y el fácil acceso que los niños y adolescentes tenían a él para su contemplación». (Periódico *ABC*, 3-4-94, pág. 122)

Incluso el Senado español, que a veces hace cosas, en el 93 se hizo eco de esta alarma social y publicó un informe en el cual señala que los contenidos y los programas de la televisión, salvo los informativos, se han abandonado a la inercia de unas fuerzas o poderes comerciales que sacrifican la rentabilidad social o humana a la economía. Y da unas cifras dignas de meditación para ver la posible influencia. Un niño o un adolescente puede ver a través de su televisión unos doce mil actos violentos, unas catorce mil referencias al sexo y unos mil anuncios de bebidas alcohólicas. Se calcula que son entre mil y mil quinientas horas de televisión las que ve el niño y el adolescente al año, frente a las ochocientas a novecientas horas que pasa en el colegio, es decir, que va a permanecer más tiempo viendo la televisión que en el colegio, puesto que la televisión la ve todos los días y en el colegio hay vacaciones, o sea, que es la segunda actividad del niño o del adolescente después de dormir. Además se señala que trece de cada cien niños españoles tiene un televisor en su habitación. La televisión se ha convertido, por consiguiente, en el canguro que entretiene el ocio de los niños en el

hogar, y constituye hoy, indudablemente, un medio imprescindible cuya presencia en los hogares es innegable e imparable. Conozco a dos matrimonios que dicen: «en mi casa no habrá televisión». Con el debido respeto, les tengo que decir que se equivocan, porque es privar a sus hijos de un medio que hoy existe y que está a nuestra disposición y porque la televisión, al mismo tiempo, da informaciones, da estímulos; un niño hoy recibe más estímulos en un año que nosotros recibíamos en tres o cuatro en la escuela. Prueba de ello es que el niño, sin saber aún hablar, oye la música de un anuncio y sale a gatas o corriendo a verlo. La televisión desarrolla la inteligencia, la televisión no embrutece; otra cosa es si estamos todo el día delante de la televisión.

Llama la atención en este informe la valoración sobre el deterioro del producto televisivo al señalar, como hecho incuestionable que sus contenidos están llenos de violencia, de sexo, de estupidez, de consumismo, de vulgaridad, por lo que actualmente la televisión está deformando a la audiencia.

Lo cierto es que después de ese optimismo inicial y de este alarmismo social, no hay que alarmarse demasiado porque no hay científicamente ninguna demostración de que la violencia en la televisión o en el cine produzca violencia. Lo que sí puede es que favorezca el aprendizaje de la violencia o favorezca, en aquellas personas que tienen ya una tendencia a la violencia anterior, por sus contenidos o por sus características individuales.

Sí quiero llamar la atención -es un planteamiento mío- que el problema no está ahí. El problema está en que, recordando una frase clásica sobre el periodismo, los medios de comunicación no nos pueden decir cómo vamos a pensar, pero sí nos señalan sobre qué vamos a pensar. Lo que no está en nuestra mente no existe para nosotros. Luego, si tenemos unos contenidos concretos, nadie puede determinar qué es lo que vamos a pensar, pero sí que vamos a pensar en base a ellos. Por lo tanto, elemento de reflexión sobre la influencia de los medios, es que si sus contenidos son prácticamente uniformes en sus valoraciones, expresiones y modelos de existencia, y si prevalecen en ellos los mensajes del hedonismo, el ocio, el sexo, la irresponsabilidad, la violencia, el egoísmo y de alguna manera la construcción de una especie de realidad ficticia, todo esto aderezado con un lenguaje pobre, vulgar, chabacano y limitado, el mensaje que va a recibir el receptor es ese y no otro. Si, paralelamente, no ofrece modelos de vida, modelos sociales de desarrollo de valores personales, cualidades de vidas ejemplares, de interacciones positivas de amor, de comprensión, de respeto, es decir modelos de integración social, nunca se podrán captar estos estímulos a través de los medios de comunicación. Ahí es donde está el problema. Los medios de comunicación no ofrecen hoy modelos de contraste; es decir, si esta realidad tiene una coincidencia fundamental generalizada, tal como hemos captado de las varias alarmas, la posibilidad de una atención y percepción selectivas sólo pueden moverse dentro de esos contenidos de los mensajes transmitidos. No puede hablarse, por consiguiente, de selección donde no hay diferenciación ni posibilidad de optar. Y ahí es donde yo veo el peligro. Estamos ante unos contenidos de modelos uniformes que nos conducen a un modelaje con pocas posibilidades de matización y menos de contraposición. Este es el aspecto que tendríamos que estudiar, y que habría que estudiar. Por eso, desde este punto de vista, defiendo el pluralismo porque creo que es la única manera de que pueda aparecer el contraste de modelos.

Influencia del ordenador

Pero quiero significar algo más, no para producir alarma, pero sí para que se sepa la sociedad, el mundo y el medio educativo que se nos viene encima. En cierta forma, la televisión está ya superada. No es que se vaya a morir como no se ha muerto la radio cuando apareció la televisión. La televisión va a continuar más viva que nunca. Sin embargo han aparecido nuevas tecnologías de la información, como el ordenador e internet que ofrecen la posibilidad de «navegar» y tienen unas características muy parecidas pero distintas. Solamente señalo dos muy claras: de una parte, la aceptación y la expansión. Hay que tener en cuenta que el ordenador, que en 1970 tiene una cierta institución americana, había valido millones de dólares; sin embargo, cualquier ordenador de hoy tiene mil veces la potencia de aquél y vale unos cuantos miles de pesetas. En definitiva, la expansión y las posibilidades que ofrece son muy grandes. Y la aceptación, incluso como necesidad de trabajo, es evidente. Lo cual quiere decir que si hoy las personas disponen de un televisor y, en algunas de nuestras casas dos o tres, ese proceso va a ser mucho más acelerado con el ordenador y con las posibilidades que ofrece.

Como segunda característica, la más importante, posibilita la interrelación. El ordenador permite un tipo de relación comunicativa de la máquina con el usuario, en la cual el protagonista es el usuario. Por descontado, moviéndose con los contenidos que hay dentro, porque los contenidos los hacen los hombres, y los hacen las personas. No me puedo salir de los contenidos, pero puedo ir hacia adelante, puedo ir hacia atrás, no tienen una secuencia de principio a fin o, si se quiere, planteamiento, nudo y desenlace como en la televisión. El sujeto es protagonista, puede volver retroceder, puede volver a empezar, puede pararse, etcétera.

A estas características hay que añadirle dos aspectos de estructura funcional: los multimedia y la realidad virtual. El multimedia es un producto en el cual están todos los medios; se podría llamar multilinguaje, multisentidos, porque intervienen todos los sentidos: hay música, hay visión, voz, está mezclado todo, es una mezcla de todo. Con la característica que acabo de señalar: no es una secuencia necesaria, sino que hay una posibilidad de protagonismo del receptor.

La realidad virtual es otra cosa. La realidad virtual es un sistema informático que genera en tiempo real una realidad ilusoria, porque es una realidad perceptiva sin soporte objetivo, ya que existe sólo dentro del ordenador. Constituye un documento para poder ser percibido en tres dimensiones: ofrece una interrelación directa en tiempo real entre el usuario y la realidad presentada, y permite la inmersión del sujeto en un mundo virtual. Por primera vez, el usuario puede adentrarse en mundos programados tales como la antigua Roma, el fondo del mar, el interior del cuerpo humano, etcétera. Pero se da una circunstancia más: el usuario puede tener la sensación de que toca y de que está en contacto con esa realidad. El problema que se plantea es que estos nuevos medios lo que pueden provocar es el aislamiento -hay un autor que decía «asusta el autismo que se puede producir con estos medios»-, porque el joven se refugia en su habitación con su ordenador, empieza a navegar y puede tener toda clase de experiencias virtuales. Dice el autor citado: «asusta el onanismo al que se puede llegar, el aislamiento al que se puede llegar». Efectivamente, todos estos medios, que ofrecen unas posibilidades incalculables para el desarrollo humano, tienen también sus peligros

y sus aspectos negativos.

Este aislamiento puede potenciar el individualismo ya creciente. Los medios no favorecen la interrelación entre las personas por lo que hay que fortalecer aquellos grupos en los cuales se desarrolla el contacto humano. Antes el contacto se hacía en el atrio de la iglesia, en la plaza o en la calle de paseo. En nuestro pueblo íbamos todos a misa el domingo y allí hablábamos con todos los que nos encontrábamos. Hoy no es así, pero hay otros tipos de contactos.

La calle como factor de educación

El segundo factor de educación, hoy, por orden de importancia, es la calle o los grupos de iguales. El joven hoy vive en la calle; el niño no. Es un contraste curioso. Nosotros de niños podíamos salir a la calle; hoy un niño, en las grandes ciudades, no puede salir a la calle. Por eso el niño se refugia en casa, y lo hace con la televisión. Pero el joven sí, y cada vez a edades más tempranas, vive intensamente y más horas con sus iguales en la calle. En este sentido, con su comportamiento, el grupo de jóvenes constituye el agente más potente de comunicación social y de relación social. Es el grupo que, precisamente, equilibra ese aislamiento de los medios de comunicación, por lo tanto desde esta vertiente es altamente positivo, porque este tipo de socialización es muy decisivo ya que representa una escuela de convivencia donde se aprende a tener en cuenta al otro, a respetar a los demás, a ver que otros también tienen deseos, a tenerse que plegar a los deseos de los demás, a querer imponer su criterio, en definitiva, a lo que después va a ser la vida, que no es el capricho personal, sino que tengo que tener también en cuenta los objetivos y apetencias. Es un contraste y un juego de fuerzas, y un juego de liderazgo, y un juego de diversas cuestiones que luego son realmente las que van a tener que afrontar en la vida.

La fuerza que tienen los planteamientos de la juventud se expresa en que las normas no están hechas para que los jóvenes las acepten, sino que las normas se hacen para satisfacer lo que los jóvenes apetecen. Así, por ejemplo, las horas de cierre de los establecimientos de diversión se han establecido con arreglo a las exigencias y apetencias de la juventud que, especialmente en los fines de semana, están toda la noche en estos locales. Cuando en algún lugar se ha tratado de limitar esas horas, la protesta juvenil y, lógicamente, de los propios establecimientos, ha obligado a rectificar y a poner la hora de cierre a una hora tan prudencial como son las cinco de la mañana. Como quiera que el deseo de diversión, en esos días, es ilimitado, y las normas no establecen la hora de apertura, a esas horas de la madrugada abren nuevos establecimientos a los cuales se trasladan los jóvenes para continuar la «movida». La juventud se ha convertido en un agente de cambio social de primer orden, porque ha cambiado nuestras costumbres, las pautas de vida de nuestras ciudades y pueblos, y ha modificado ciertas concepciones y valores. Es verdad que en algunas cuestiones nos hemos excedido en las concesiones. Por ejemplo, en algunas Universidades de provincias se establece que el viernes no halla clase para que los alumnos puedan irse a su pueblo y estar con sus familias. La consecuencia es que en esa ciudad la diversión empieza el jueves por la noche, y luego la continúan viernes y sábado en sus pueblos respectivos. Como consecuencia se dice que el lunes empiecen las clases más tarde para que les dé tiempo a regresar de sus domicilios. No hay que echar sólo la culpa a los

jóvenes de sus excesos en su conducta, realmente hemos perdido también los adultos un poco el norte de cuál es nuestra responsabilidad y de cuáles deben ser nuestras exigencias. También es verdad que hoy la sociedad no ofrece posibilidad de variadas actividades, sino que a la juventud, desde la adolescencia, se la deja a su aire y en la calle, y esta es la razón por la que cada vez empiezan en edades más tempranas a organizar su «movida».

Importancia de la familia y la escuela

En una estructura equilibrada los grupos compensatorios deben ser la familia y la escuela, los cuales aún tienen influencia, pero han perdido la mucha y significativa que tenían en tiempos pasados, y su autoridad es hoy muy relativa, por lo que el fuerte impacto de los medios de comunicación y la aceptación de las formas y usos de los grupos de iguales, no reciben el equilibrio de las normas y valores que pueda hoy transmitir la familia y la escuela. Para no excederme en el tiempo, mi criterio es que hay que fortalecer la familia y la escuela y, en las edades de la adolescencia, promover y favorecer la existencia del asociacionismo juvenil para el deporte, el aire libre y actividades recreativas de todo tipo.

Regenerar o generar

Termino haciendo la consideración, puesto que el título genérico de este encuentro es «la regeneración de la sociedad», que no me agrada el término «regenerar», porque no considero que cualquier tiempo pasado haya sido mejor, sino que la sociedad es cambiante y lo que hay que hacer es generar y construir con los valores y elementos que tenemos a nuestro alcance. Desde esta perspectiva, pienso que estamos en un momento intensamente humanista en el cual el centro es el ser humano concreto con sus necesidades concretas. El mundo de hoy se ha desplazado al hombre; creo que Dios está en ese hombre y que nuestra acción cristiana está en el prójimo, en el próximo, en el que tenemos cerca, y en el que tenemos lejos, porque la humanidad hoy se globaliza. La acción, en nuestros días, ha de dirigirse a resolver problemas acuciantes de las personas. Al hambriento no le podemos hablar de abstracciones, al que tiene necesidades perentorias, que implican que si no se satisfacen se mueren, hay que resolverles esa situación, y es difícil hablarles de ideales y objetivos de desarrollo personal y social. Considero que uno de los fallos de los cristianos es hacer manifestaciones de sentimientos hacia los problemas humanos, pero con una acción limitada de compromiso para resolverlos, y a la juventud hay que darles ideales y objetivos para que, efectivamente, se comprometan con ellos. A principios de este siglo, un psicólogo norteamericano, James, pensando en acabar con las guerras, señalaba como objetivo para los jóvenes, que efectivamente necesitan esforzarse y luchar, que lucharan contra la incultura, la miseria, las enfermedades y las injusticias en busca de un mundo mejor.